

Martina en el País de las Hadas

Relatos de hadas, ninfas y recuerdos

Noemí Martínez Pérez

Serie de relatos dominicales del blog
www.lavozdelascostureras.com



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito de la autora. Todos los derechos reservados.

© Noemí Martínez Pérez, 2017

Noemí Martínez Pérez, Martina en el País de las Hadas

Depósito Legal Z 649-2017

ISBN 978-84-697-2610-5

© Diseño y fotografía de la portada: Noemí Martínez Pérez

correo@lavoandelascostureras.com

www.lavoandelascostureras.com

www.noemimartinezperez.com

Prefacio

Martina en el País de las Hadas es una serie de 54 microrrelatos que se publican cada domingo, durante el año 2017, en mi blog *La Voz de las Costureras*.

Están basados en los **recuerdos que inventé** sobre mi abuela materna. Una costurera bella, de imagen amable y melancólica, de la cual hablé en una de las **primeras entradas** de mi blog.

Martina era su nombre y apenas sé nada de ella puesto que falleció muy joven. Sólo quedan sus fotografías y su libro de costura. Con esos elementos **imaginé una abuela**, que en mi mente de niña tenía la consistencia de un hada.

Y así lo transmití en la entrada que le dediqué en los primeros momentos de mi blog. Para la elaboración de esta colección de historietas retomé esos recuerdos inventados y los mezclé con **pinceladas de hechos reales**, con el objetivo de rendir **homenaje** a las mujeres que han pasado por mi vida.

Pero, sobre todo, con el fin de honrar a aquella que me dio la vida. **Mi madre, Nieves**, es la depositaria final de esta fantasía que no quiero que se pierda.

Esta colección de microrrelatos se publica cada domingo en, por lo que no se trata de un relato lineal, sino de un **compendio de relatos breves** que se desarrollan a lo largo de la vida de Nieves, su protagonista.

Cada relato es independiente del anterior, y debido a que se publican con una **distancia de siete días entre uno y otro**, cada texto recuerda brevemente lo sucedido episodios anteriores. De este modo, cualquiera que se incorpore a la lectura de Martina en el País de las Hadas puede entender el hilo de los acontecimientos.

Hechas todas las explicaciones pertinentes, solamente me queda desearte que **disfrutes** de estas pequeñas historias tanto como yo he disfrutado escribiéndolas para ti. A continuación te dejo la **foto de mi abuela Martina**, para que puedas encontrar en sus profundos ojos azules el mar de belleza que yo pude descubrir de niña contemplando su fotografía.

Martina Sánchez Beraiz, mi abuela materna.



A mi madre, Nieves, por ser ese pilar sólido y lleno de amor que todos los seres humanos necesitamos para abrirnos camino en el mundo.

A mi padre, Sebastián, que ha luchado cada día de su vida para construir un mundo mejor para sus retoños.

Sirva este compendio de relatos como una diminuta muestra de vuestro inmenso legado.

-I-

El sonido de la rueca adormecía a la pequeña Nieves. Le gustaba colarse sin ser vista en la habitación en la que su abuela Purificación solía sentarse a hilar. La lana se enroscaba sin fin por entre la maquinaria, mientras su abuela perdía sensibilidad en sus dedos de tanto pensar las fibras con ellos.

En aquellos años, en los que solamente la radio les unía al exterior, la tranquilidad era la clave de la vida de la pequeña Nieves. El pequeño pueblo de montaña en el que vivía ofrecía todo lo que una niña necesita. Montones de amigos, amorosas tías, el verdor del campo... y su mamá.

Nieves adoraba a su mamá. La madre de esta niña era modista. Había trabajado cosiendo trajes para gentes de mejor fortuna hasta que conoció a su compañero. Pronto se casaron y tuvieron a Nieves. Un nombre muy apropiado para una chica de montaña. Montes que pasan meses cubiertos del blanco nombre que la identifica.

Pero desde que se casó solamente cosía para casa. Martina, que así se llamaba la mamá de Nieves, se unía a Purificación, en tardes de hilado y costura. Venían las vecinas, que de tanto que compartían eran ya hermanas, y cosían y tejían juntas. Estas charlas vespertinas alrededor de la mesa, con los pies junto al brasero, eran el momento favorito del día para la niña.

Las conversaciones que la pequeña oía de modo furtivo trataban temas mundanos: ha nacido el hijo de tal familia, tal señora pronto quitará el luto, que ganas de que llegue la navidad para asar un buen cordero... Nada del otro mundo, pero a Nieves le encantaban. Le encantaban, en pasado. Porque ese año las charlas se transformaron en tristes miradas, en el mes en el que Martina enfermó del corazón.

-II-

Las charlas de costura alrededor del brasero se enfriaron cuando Martina enfermó. Una enfermedad del corazón, decía el médico. La mamá de Nieves comenzó a fatigarse por nada, hasta el punto de que apenas tenía fuerzas para sostener la aguja.

Su pequeña hija, de cinco años, no entendía qué le pasaba a su mamá. Pero aprendió a aceptar las cosas sin rechistar porque sospechaba que tampoco sus mayores sabían mucho más que ella. Cuando vives en el campo y el hospital más cercano está a cientos de kilómetros de ti, aprendes a aceptar los azares. La vida y la enfermedad caminan de la mano si apenas se cuenta con un médico sin medios.

A pesar de que cada día la vida de Martina se apagaba un poquito más, Nieves siempre se acercaba a ella con una sonrisa y un ramillete de flores del campo. La pequeña acompañaba siempre a su mamá al salir del colegio. Le contaba todo lo que había aprendido, lo que había visto de camino al colegio. Aunque el corazoncito de Nieves estaba triste por el evidente deterioro de su mamá, sabía reponerse y poner su mejor carita.

— ¿Me acercas el metro, cariño?—, le dijo Martina a su niña en una ocasión. La pequeña corrió presta a cumplir con el

favor y le entregó el metro de costura a su madre. Ella lo tomó con sus manos y comenzó a tomar las medidas de su hija.

—Has crecido mucho, Nieves, tengo que tomar nuevas medidas para arreglarte el vestido para el bautizo de José Luis.

El bautizo de su hermano pequeño sería pronto. Casi lo había olvidado. Nieves, muy obediente, se dejó girar, estirar un brazo, levantar otro, mientras su madre medía incorporada en la cama. El corazón de la niña se encogía cada vez que su madre la tocaba para tomar sus medidas con todo detalle. En el fondo de su alma, Nieves sabía que su madre no tendría fuerzas para ver a su bebé bautizado.

-III-

La rueca dejó de sonar. Las charlas de brasero se apagaron. Y su lugar lo ocupó el silencio.

Martina murió poco después del bautizo de su hijo pequeño. La fuerza del amor de madre le insufló la energía necesaria para aguantar hasta ese día. Y para arreglar el vestidito de su hija mayor.

Habían pasado días desde que todo sucedió. Pero la niña no se quitaba el vestido que le había hecho su mamá. Su padre, destrozado, no podía ni quería decirle nada. La veía con ese trajecito sucio y a su cabeza no llegaban argumentos de peso para convencerla para que se lo quitara.

La vida de Nieves, el bebé José Luís y Ricardo, su padre, se vino abajo. Martina era la luz que iluminaba la casa familiar, era la sonrisa serena y la caricia siempre disponible. Sin ella, se sentían al borde del abismo. Ya no había una mujer persiguiendo a sus niños metro en mano para tomar sus medidas, ya que según decía riendo, no paraban de crecer.

Las charlas de costura volvieron con el tiempo, pero siempre contenidas. Las amigas de Martina trataban de consolar a la mujer que le dio la vida con charlas intrascendentes. Pero Purificación se apagaba también, llena de tristeza.

—Una madre no debería sobrevivir a su hija—, musitaba de cuando en cuando.

Era cierto, pensaba Nieves, pero tampoco una hija debía perder a su mamá con apenas cinco años. La vida en la montaña era hermosa pero cruel. Se llevaba a la buena gente cuando menos te lo esperabas. Dejaba a unos pequeños sin el amor incondicional de su madre, y a un hombre desvalido sin el apoyo de su compañera.

La niña cada vez hablaba menos. Decidió ser mayor de repente. Quiso ocupar el hueco de su mamá en las charlas de tarde. Cogió una aguja y probó a enhebrarla y a introducirla por entre una tela. Ninguna de las personas que allí se reunía dijo nada. Siguieron con sus labores como si esa miniatura de mujer fuera la reencarnación de su querida amiga Martina.

-IV-

La pequeña Nieves se hizo mujer de pronto. Aprendió a coser en un tiempo record y se esforzó por tomar las riendas de su abatida familia.

Se encargaba de hablar con su abuela Purificación para mantenerla entre los vivos. Le contaba lo que hacía en el colegio, le llevaba el desayuno a la cama, preparado con sus manitas. Recordaba a su padre Ricardo sus quehaceres diarios, atendía al bebé cuando estaba en la casa.

La fachada de Nieves era esa, la de una niña que había alcanzado la madurez en un instante. Pero en su interior estaba hundida. Su corazoncito empezaba a enfermar de tristeza mientras con su voluntad trataba de curarlo a la fuerza.

Cada día se acostaba llorando sin hacer ruido, para que no la oyeran, y caía rendida de puro agotamiento emocional. Aunque hubo una noche que no pudo conciliar el sueño. Estaba tumbada en la cama, con sus ojitos mirando el cielo nocturno, tratando de distraer su tristeza contando estrellas.

Una noche, de pronto, le pareció ver una mujer en miniatura con alas de libélula volando al otro lado de la ventana. Su corazón le dio un vuelco. ¿Qué era eso? ¿Qué había visto? Su apariencia adulta no había matado del todo a la niña que era,

así que no pudo evitar pensar que esa cosa que había visto era un hada.

Desde entonces, cada noche trataba de mantenerse despierta y en silencio, para poder avistar de nuevo a su hada. Y cada noche caía dormida sin ver nada. Pero en sus sueños sí que se aparecía esa criatura nocturna. Volaba sobre ella y sonreía, aunque no podía ver su cara por lo pequeña que era.

Una noche el hada de sus sueños se apareció justo en el instante en el que estaba a punto de dormirse. En esta ocasión la vio muy cerca. La sonrisa que vio llenó de paz su corazón.

El hada de sus sueños era Martina, su madre.